

Allá lejos mi padre cabalgaba
 en el matorral sin fin de la hacienda.
 Y yo no sabía que mi historia
 era más bonita que la de Robinson Crusoe.

Iniciación amorosa

La hamaca entre dos mangueras
 se columpiaba en el mundo profundo.
 El día caliente, sin viento.
 El sol, allá encima, las hojas en el medio,
 el día era caliente.

Y como no tenía nada que hacer vivía enamorando
 las piernas morenas de la lavandera.

Un día ella vino a la hamaca,
 se enroscó en mis brazos,
 me dió un abrazo.
 me dió sus mamilas
 que eran sólo mias.

La hamaca volcó,
 el mundo se hundió.

Después fui para la cama,
 fiebre de 40 grados, fiebre.
 Una lavandera inmensa, con dos tetas inmensas
 giraba en el espacio verde.

Carlos Drumond de Andrade

Poemas pueriles

Cae la tarde.
 En mi corazón
 cae el canto de las cigarras.
 En el crepúsculo
 lleno de luz
 veo el fino y triste coqueiro,
 tan solo en el fondo del jardín.

Yo también me siento
 tan sola
 después de que él se fué.

La orquesta enmudeció
 y con ella
 mi corazón.

Alguna cosa falta aquí.
 Sí:
 las zapatillas
 que él ponía aquí.

Corazón, ratoncito
 que roe
 la vida entera.

Vestido todo blanco,
 con flores y velo.
 Primer vestido largo.
 (Primera comunión!)

Noches de San Lorenzo.
 Los sapos dicen:
 Cua! Cua!
 Vagan luciérnagas
 y un violón,
 tan triste,
 traduce mi corazón.

Gatito está enojado.
 ¿Para qué sirven las uñas
 si no cazó
 el ratón?

Wanda Muso.

(Traducción y envío de Alberto Guillén)

Instantáneas Neoyorquinas

= Envío del autor =

Acerca del tomito de versos que con este título ha publicado recientemente en Nueva York el escritor Luis C. Sepúlveda, colombiano de cepa y neoyorquino por superposición, se me ocurren varias cosas que voy a tratar de decir lo mejor que pueda.

Sea la primera que hay diversas razones para que estos apuntes quedaran inéditos en vez de salir por ahí en letra de molde. La mayor, y por cierto de bastante peso, es que el ministerio de la crítica, por modestamente que se ejerza, supone cierta autoridad. No sólo carezco de ella sino que, además, milita en contra mía en este caso el más completo desconocimiento de la materia criticable. Lo que escriben los poetas novísimos, y Sepúlveda pertenece a la escuela, me parece tan fuera de cuanto estuve acostumbrado a mirar como poesía que me deja turulato y sin que pueda tomarle el gusto. Y no es cuestión de fondo, no, señor. Todo el achaque está en la forma, tanto interna como externa. Es, acudiendo al socorrido expediente de las comparaciones, como oír un valse arreglado al ritmo del jazz; o ver, convertida en película cinematográfica, una novela en la concepción y desarrollo de la cual no entró para nada el concepto acelerador, el afán de mo-

vimiento que preside en lo que han dado en llamar el séptimo arte.

Pues, siendo así, ¿quién me mete donde no me han llamado?

De una parte, el deseo natural que impulsa al espectador a palmotear cuando lo que pasa en la escena provoca en él conformidad que halla en ese acto su medio más cómodo de expresión; de otra, la comezoncilla de contradecir, también en letra de imprenta, algo de lo que en letra de imprenta dicen Sepúlveda y su prologuista el señor de Oteyza.

La existencia de un núcleo de población latinoamericana en Nueva York ha creado, como era natural que sucediese, un alma colectiva que sin dejar de ser nuestra no es la que en rigor puede llamarse tal. Había que esperar que esa alma tendiera a expresarse; que buscara en el ambiente diario y no en sus reminiscencias patrias el motivo de lo que ha de ser una literatura escrita en castellano y pensada y sentida en criollo de Nueva York. Ser una de las primeras, en cuanto a mí se me alcanza, la primera obra en la que el fenómeno se hace patente, constituye en mi sentir, una de las notas de mayor interés que tiene el libro de Sepúlveda.

Pero mal haría quien engañado por el título del libro o por lo que acerca del libro dice en la introducción el se-

ñor de Oteyza creyera que, en efecto, son estas *Instantáneas Neoyorquinas* el poema de Nueva York. Ni de Nueva York vista como tal ni tan siquiera de la Nueva York latinoamericana dan los versos del escritor colombiano impresión cabal y cumplida. En cambio, reflejan con poética fidelidad, acaso fuera mejor decir con fotográfica despreocupación, los aspectos de Nueva York ante los cuales se detuvo el autor, más bien como kodak indiferente que como hombre capaz de juzgar y de sentir.

En la delectación con que se retrata a la Wall Street adonde,

con la urgencia
 de la escasez sin decoro,
 los pueblos traen su independencia
 y la cambian por oro;

al Central Park de las expansiones veraniegas, a la Riverside del amanecer en que todo

hace temer un nuevo fracaso
 de la Ley Mann;

al Speakeasy, la taberna clandestina a la cual

entra un policía
 que ni exige ni infunde respeto

y que «para que se cumpla la Constitución»

se toma un aguardiente
 y cobra su comisión,